

# Guillén: Religión de Vida <sup>45</sup>

por Sebastián Salazar Bondy <sup>3/12/53</sup>

La poesía de Jorge Guillén, reunida en la primera edición completa de *Cántico* (Buenos Aires, 1951), propone al lector, bajo cuyos ojos discurre tan austera y total, el brillo inesperado de un mundo descubierto en su más triunfal instancia: la vida suma. El poema, reflejo exaltado de la felicidad resplandeciente que de ese mundo emana, vuelve a ser, como en su más remoto e ilustre pasado, pura canción. Sus palabras (y también su melodía interior, o anterior a los conceptos) no tratan de sustituir ni de transformar la realidad, sino más bien de verterla tal como se da, es decir, tal como es sorprendida por una mirada inocente, recién abierta a ella. Obra de un religioso —de una panteísta— este libro, en cualquiera de cuyas páginas es posible hallar sosiego, celebra los dones de la vida y la naturaleza que, en ininterrumpida prodigalidad, suelen tornarse testimonios de la dicha que ambas — vida y naturaleza— reservan a sus creyentes. No en vano *Cántico* completa su nombre con el de *Razón de Fe*. Fe, por cierto, en esa parte del universo que para algunos aloja a la divinidad y la entrega en secreto; fe que indistintamente convierte al creador en criatura y a la criatura en creador:

No, no invento.

¿No soy yo quien él descubre?

Y al saberse descubierto así (inventado también: La realidad me inventa. Soy su leyenda. ¡Salve!), Guillén se siente movido a identificar esa realidad viva que lo rodea y que sus sentidos acogen, con la otra inasible realidad que persigue: la del sueño, la de la elevación, la de Dios, oculta detrás.

A través del aire o de un vidrio,

(sin ornamento,

La realidad propone siempre un

(sueño.

El poema, no obstante, es canción, nunca oración. Los versos no suplican. Son himnos, y es precisamente lo que se podría denominar actitud himnica lo que predomina en los versos de Guillén. La contemplación, de la cual surge el cántico, es para el poeta español fuente de entusiasmo, de optimismo, de gracia.

Soy como mi ventana. Me mara-

(villa el aire.

La perfección del cosmos, entonces, se vislumbra en ese eterno presente que ve inmóvil, actual siempre, por debajo del fluir del tiempo. El tiempo en *Cántico*, como la realidad, tiene dos aspectos: el del que transcurre y se va, el del tiempo que sentimos pasar, y el del que se sedimenta en presente invariable, en eternidad raigal. Este, para Guillén, es el verdadero tiempo, es decir, la verdadera vida. La perfección del mundo se hace sensible en ese instante de éxtasis durante el cual todo parece detenido, inmerso en lo profundo del Ser:

Queda curvo el firmamento,  
Compacto azul sobre el día.

Es el redondeamiento

Del esplendor: mediodía.

Todo es cúpula. Reposo

Central sin querer, la rosa,

A un sol en cenit sujeta.

Y tanto se da el presente

Que el pie caminante siente

La integridad del planeta.

Hombre y mundo se requieren porque se completan. Entre ambos hay un intercambio de fe y confianza. El mundo ante el hombre adquiere su unidad, su continuidad, y el hombre ante el mundo consolida su existencia y establece su imperio: **No soy nada sin tí, Mundo**. Es el amor — tema fundamental en Guillén— el que comunica a uno con otro, a través de esa vital efusión de lo absoluto que se conquista en su consumación: **Tú no creas, Amor; tu, tú nos quieres**.

La realidad, el universo, el tiempo, el amor, todas estas categorías que punzan al poeta y determinan esa inquisición permanente que es su poesía, se resuelven al cabo en una alegre proclamación de la belleza de la vida en su más trascendental sentido. La vida para Jorge Guillén es manantial de divinidad. El poeta es el asombrado y, al mismo tiempo, paradójicamente, el sabio que conoce la clave de la última verdad. Poseerla es obtener la paz, la beatitud. Por eso la poesía de Guillén es solar, iluminada de certezas, a pleno aire y a plena claridad. Los poemas de *Cántico* —suman 334 y es imposible expresar en una nota periodística todo lo que sugieren— se cierran sobre sí mismos y tienen, independientemente, un clima propio, tanto cuando cantan la vida total y la naturaleza enseñoreada en ella, como cuando hablan de la intimidad familiar, de lo cotidiano, de esa parte de la existencia que circula anónima y tenaz diariamente en torno de nosotros. Muchas veces el estilo de Guillén, que nunca fuerza las palabras ni les exige más de lo que ellas pueden dar, se torna coloquial. El poeta, ahito de su encantamiento, anhela preguntar y responder sobre el misterio, hallando en sí mismo el más perfecto interlocutor. De ahí ese modo peculiar, sereno y sin vacilaciones, libre y entero, que admiramos.

No es ésta, pues, una poesía de arrebatos, sino de inteligencia que integra el mundo reconociendo cada una de sus piezas y reuniéndolas luego en un todo compacto, neto y preciso en sus límites, del cual es imagen visible el poema. Nada queda allí confiado al azar. Pero hay un punto, sí, en que permanece suspensa como de un interrogante. Es el extremo desde donde nadie puede partir hacia más lejos. El poeta sabe definir tal situación, revelada antes en la forma misma de sus creaciones:

En la página, el verso, de contorno  
Resueltamente neto  
Se confía a la luz como un objeto  
Con aire blanco en torno.